

Tocando el fuego



Tato Cabal

Después de la excelente acogida de *La forma del mundo*, en la que noveló la hazaña de Magallanes, editada en este mismo sello, TATO CABAL (Madrid, 1956) cambia de rumbo con *Tocando el fuego*, sobre el poder redentor de la literatura. Es su quinta novela, tras *Seda de araña*, con la que inició su carrera literaria en 2011, y a la que siguieron *La enfermedad del beso* y *Solar de gatos* (finalista del Premio Nadal de 2016). En 2017 salió *Entre gargantas; suite de amor en seis relatos*, colección de cuentos largos entroncados en el mismo tema y en la misma comarca; las tierras candeledanas, en las faldas del Almanzor. Cabal tuvo diversas ocupaciones en el mundo de la cultura antes de dedicarse a la literatura, entre ellas la dirección del circo Price de Madrid.

Tato Cabal

Tocando el fuego



Tocando el fuego

© De esta edición: Bolchiro

© Del texto: TATO CABAL

Diseño de cubierta: VIOLETA CABAL

ISBN del libro impreso: 9788416503513

ISBN del libro electrónico: 9788416503520

Depósito Legal: M-13753-2024

Impreso el 10 de junio de 2024

Bolchiro S.L. (www.bolchiro.com)

Zurbano, 47 - Madrid, 28010

*«Desde arriba, resuenan las trompetas de las cascadas;
un dolor mío no enturbiará otra vez la primavera... ».*

William Wordsworth

ÍNDICE

I	11
II	23
III	59
IV	97
V	115
VI	147
VII	177
VIII	203
IX	275
X	289

I

Creo que la cocina y el aislamiento son incompatibles, salvo para los que ya han estado digamos que muertos, como yo. De hecho, no hay peor condena que la soledad por lo que podría decirse que nada va bien con ella, pero guisar con una mínima sofisticación aumenta sus punzantes efectos cuando se pone en la mesa el plato con los resultados y estás tú solo. Ya he anticipado que mi caso es especial.

Cuando sonó el teléfono estaba haciendo un risotto al azafrán con las cuatro setas que había cogido esa mañana y me incomodó sobremanera el ruidito de la llamada. Creo que solté algún impropio y atravesé el angosto pasillo sin apagar el fuego pensando que sería mi hermano y que le podría despachar rápidamente con la promesa de llamarle más tarde.

La cocina, si se le puede llamar así, estaba al fondo de la casita y no tenía ni una maldita ventana. Cuando salí al porche, donde había dejado el móvil, me di cuenta de que se había hecho de noche y que la luz de la pantalla destelleaba en la penumbra.

—¿Ricardo? —dije.

—No —escuché, y eso me bastó para saber que se trataba de Milagros. El tono y el breve silencio que se hizo indicaban que podía estar ya definitivamente al borde del abismo—. Soy yo. ¿Es que no te lo pone en la pantalla?

—Lo he cogido sin mirar.

—Escucha, ya lo he decidido.

—Ah.

Traté de aparentar que estaba en calma, aunque inmediatamente se me habían encendido todas las alertas; era uno de esos momentos en los que uno necesita la máxima concentración para dominar la situación. Sin embargo, ella continuó como si nada.

—No lo has cogido sin mirar, es que no te has puesto las gafas, seguro. Mira que eres coqueto.

Había decidido suicidarse y me salía con esas, con que si tenía puestas o no las gafas.

—No soy coqueto, soy vago. ¿Dónde estás?

—En casa, pero no te va a dar tiempo a llegar.

—¿Lo piensas hacer ahora?

—En cuanto cuelgue. Es buen momento —añadió tras una breve pausa—. No he cenado, estoy en ayunas. Y acabo de ir al váter.

Aquello me desconcertó.

—¿Cómo?

—Sí, hombre, a vaciarme. —Se hizo otra pausa durante la que escuché una de sus características risitas— Perdona que te hable de esas cosas, pero para mí no es ninguna tontería; no quiero estar sucia cuando encuentren mi cuerpo. ¿No sabes que hay casos en los que se vomita incluso cuando ya estás...?

—Milagros, ¡no me jodas!, no seas morbosa.

—En definitiva, que el forense no se podrá quejar —concluyó soltando otra de sus risitas.

—¿No lo ibas a hacer con la pistola?

—Sí.

—Pues eso mancha un huevo.

—No es lo mismo. Ya lo he pensado, por eso lo voy a hacer afuera; las losetas de casa son muy porosas y puede quedar marca.

Aquello ya iba más allá de lo que aceptaba mi capacidad de suponer y me entró la duda de si estaría de broma.

—Mila, ¿me estás vacilando?

Aquí vino otra pausa, pero esta vez sin risita.

—No.

Sentí un tajo de pena casi al mismo tiempo que el sofocante olor a quemado que salía de la casa.

—Espera, que me he dejado el fuego... —dije deslizándome por el pasillo hacia la cocina, de donde salía una inquietante humareda.

Por el camino tropecé con el macetón que hacía de paragüero, y este cayó al suelo con el estrépito de los bastones y paraguas al tiempo que yo alternaba lamentaciones con juramentos sujetándome el tobillo. El arroz era una costra negruzca de la que salía la apestosa humareda. Apagué el fuego y puse la cazuela bajo el grifo un momento. Luego salí de nuevo al porche, donde la cobertura era mejor.

—¿Te ha pasado algo? —dijo en cuanto restablecimos la conversación.

—Nada. Me había dejado el fuego encendido.

—Ya me lo has dicho, pero ¿te has hecho daño?

—Que no. Escucha, Mila, voy para allá y me invitas a cenar, que se me ha quemado el risotto.

—No seas tonto —susurró cariñosamente—, lo hemos hablado muchas veces. Y en cuanto a la cena, de eso quería yo hablarte. He dejado la nevera limpia, he llevado todo al contenedor. Ya sabes que Tania vive en un pueblo en el quinto pino de Noruega, y puede que cuando llegue aquí hayan pasado unos días... Bueno, que no quiero que esto huelga a basura. Solo he dejado en la nevera los botes con la comida de Luncha. Espero que no te importe quedarte con ella hasta que venga mi hermana.

—Por supuesto.

—Ya sabes que no le gusta el pienso.

La mayor parte de las cosas de Milagros me producían extrañeza o ternura. Ella y yo, que éramos del mismo pueblo, un lugar que no contaba con más de mil habitantes cuando íbamos a la escuela, habíamos tenido mucha relación cuando éramos niños y adolescentes, hasta el punto de que, podríamos decirlo así, había llegado a ser mi primera novia. Sería más correcto decir mi única novia, en lo que fue sin duda una historia no sé si fracasada o interrumpida, o las dos cosas.

Pero en los dos recientes años, tras cuarenta sin vernos y sin saber nada el uno del otro, establecimos una relación frecuente, de casi a diario, en la que nos volcamos mutuamente recuerdos y confesiones con la franqueza del que no desea nada del otro.

—No te preocupes, encantado de poder cenar con alguien, y más con un perro, que no discute ni da el coñazo.

—No es perro, es perra.

—Ya lo sé, qué más da.

—Junto a la entrada dejo una bolsa con lo suyo, menos la camita, claro, que está arriba, con ella. Le he pedido a mi hermana que se la quede, pero si ves que te encariñas en lo que llega, puedes quedártela tú. No sabes el frío que hace en ese puñetero pueblo de Noruega. Cuando estuve allí me pareció incomprensible que la humanidad hubiera logrado superar el periodo de las glaciaciones.

—El hombre lo aguanta todo cuando no hay más remedio —repliqué.

—Casi todo, pero a Luncha no le va el frío —matizó con evidente desaliento—. ¿Sabes una cosa, Gabi?, muchas veces he pensado en lo distinto que hubiera sido todo si aquel día te hubiera dejado seguir...

—¿Qué día? —solté tras un momento de duda.

—Aquel. Si te hubiera dejado besarme y me hubiese olvidado de Facundo. Ya sé que no era posible, porque estaba